beso en la frente á Florencia y dos en la de Trinidad.

En seguida salia para ir á misa mayor.

Baltasara empleaba una peseta cada quince dias en decir una misa *á su difunto:* las que le quedaban cada mes las iba poniendo en una alcancía, y este era todo su caudal y todo el dinero que manejaba: cuando le hacian falta huevos, porque sus gallinas no ponian, los tomaba de una vecina á cambio de patatas ó de trigo: cuando queria morcillas, daba ella huevos ó leche de sus cabras.

Pasaron años, y Baltasara no se casó: y no porque le faltasen pretendientes; pues su aseo, su carácter alegre y agasajador, y sobre todo, su bondad y bellas prendas, hacian suspirar á muchos viudos jóvenes y ventajosamente acomodados; pero Baltasara respondia siempre que, pues Dios le habia quitado una compañía tan buena, no queria conocer otra.

II

La casa de la parra.

El pueblo de Torres constaba de dos calles solamente: una bastante larga y otra más corta; esta, colocada á un costado de la anterior, formaba con su compañera una especie de siete ó de martillo; no tenia más que tres casitas muy pequeñas, y estaba terminada por la iglesia, reducida pero limpia, y esmeradamente cuidada.

Las dos calles eran muy angostas; y como sus tapias no estaban bien unidas y se habian ido formando por haber edificado los vecinos casa aquí y casa allá, habia entre vivienda y vivienda sendos portillos y claros, por los cuales se divisaban los verdes campos, y no era extraño que alguna higuera, que habia crecido en extremo, adelantase una de sus guías ó ramas hasta el tejado de alguna habitacion.

La casa del tio Pedro, situada al fin de la *calle larga*, como la llamaban los buenos habitantes de Torres, estaba ya rodeada de verdor: separada de sus dos vecinas por un espacio de diez piés por un lado y de diez y seis por otro,

se extendia á su espalda una de las dos fincas que los ahorros y trabajos del buen Matías Carmona habian comprado para sus hijas, y que era un hermoso tablar de tierra blanca para siembra.

Aquel tablar representaba el dote de Trinidad: y el tio Pedro, que extendia su pasion por su nieta á todo aquello que le pertenecia, pasaba muchos ratos mirando la hacienda de la muchacha, imaginando mejoras para ella, y recreándose con la lozanía de sus frutos.

El olivar de Florencia valía más que la tierra de su hermana: su padre, al verla tan poco favorecida por la naturaleza, habia encargado expresamente que se la dotase con aquella finca, situada á la salida de la aldea.

La casa del tio Pedro no tenia más que un solo piso alto, coronado por un tejadillo: el taller estaba en el patio, y en un cuartito á la espalda se guardaba el hilo de los parroquianos, las telas concluidas y los útiles del oficio.

El tio Pedro habia consentido por fin, y solo obligado por los años, en tomar un ayudante para las faenas del telar: era un muchacho de unos veinte años, bueno, trabajador, y que tenia por nombre Andrés.

Era hijo de una viuda *rica*, puesto que *cogia para todo el año* trigo, aceite, vino y legumbres: mataba además por Navidad dos cerdos y un ternero; por consiguiente llenaba la despensa de tocino, morcillas y longanizas.

Andrés entendia bastante la labranza: él vigilaba á los peones, les ayudaba desde la edad de quince años, en que perdió á su padre; pero un dia dijo á su madre que queria aprender el oficio de tejedor, y ésta, que le adoraba, no halló inconveniente en que supiese ganar dinero con otra industria además de la labranza, pues el tio Pedro era ya viejo, y no habia en el pueblo más tejedor que él.

Entró, pues, Andrés á aprender el oficio; pero el tio Pedro no quiso comprar otro telar para él.

—Harás *canillas*, le dijo: volverás la obra concluida á los parroquianos, urdirás el hilo, y trabajarás en la labor cuando yo descanse, que mientras yo viva no ha de haber más telar en el pueblo que el mio: cuando yo me muera, lo heredarás tú, saliendo las cosas como yo deseo.

El tio Pedro hablaba así, porque era muy malicioso y habia conocido que no era precisamente el deseo de aprender el oficio lo que llevaba á Andrés á su casa, sino la fresca y sonrosada carita de su nieta Trinidad: lo cual le puso muy contento, porque, como ya he dicho, Andrés tenia una de las haciendas más granaditas del pueblo, y además queria aprender su oficio.

Ni con una candelilla, pues, podia haber buscado el tio Pedro otro marido más á su gusto

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
MONTERREY, MEXICO

para su *ojico derecho,* como él llamaba continuamente á Trinidad.

Lo que no quiso consentir como hombre honrado y prudente, fué que Andrés durmiese en su casa, y así que daban las nueve en verano y las ocho en invierno, le enviaba á la suya.

—Vete, hijo, vete, le decia: debes ahora hacer un ratico de compañía á tu madre.

Pero, tio Pedro, contestaba Andrés haciendo el remolon, si está acompañada con las vecinas!

—Eso no te quita á tí la obligacion de acompañarla tambien.

—¡Si me voy á la cama en cuanto llego! ¡Porque ellas hablan de gallinas, y de si es mejor ó peor el lino, y de si el cerdo engorda más con bellota que con salvado, y de cosas que no entiendo!

—Duerme, pues, para madrugar mañana.

—¿Pero qué estorbo hago aquí?

—¡Eh! ¡basta de hablar! ¡oiga! ¡lárgate al momento á tu casa, ó no vuelvas á pisar la mia!

El mozo se levantaba cabizbajo: echaba á Trinidad una mirada lacrimosa, y luego decia muy humildemente:

—¡Muy buenas noches tengan ustedes!

—¡Vete con Dios! contestaba el viejo, mirándole con ojos satisfechos.

—¡Hasta mañana, si Dios quiere!

—Hasta mañana, hijo, repetia la buena Baltasara.

—Adios, Andresillo, decia Florencia alumbrándole.

—¡Adios! repetia Trinidad, saliendo como que iba á acompañar á su hermana.

A la mañana siguiente, y al rayar el alba, bajaba el tio Pedro al telar, y ya encontraba haciendo canillas al sumiso Andrés.

Pero volvamos al repartimiento de la casa, que será breve por lo reducido de sus dimensiones.

Al lado del cuartito donde se guardaba la obra concluida, estaba la cocina, pequeña pero alegre, por tener una ventanita que daba al campo de Trinidad.

Habia en ella mucho vidriado y muy limpio, colocado en los vasares, blanqueados y guarnecidos de papel picado; en la *cantarera* (1) se veian dos grandes cántaros limpios y encarnados, en los cuales traia agua de la fuente la robusta y aseada Florencia. Junto á estos dos cántaros habia dos botijos, y todo estaba cubierto con un paño de lino, blanco como la nieve, y que, por ser corto dejaba al descubierto por abajo la mitad de las vasijas, cuya circunstancia aprovechaban las muy coquetas para lucir su frescura y limpieza. A los lados del fogon estaban colocados los dos grandes bancos, inseparables de todas las cocinas de aldea en Aragon.

(1) Especie de banco de ladrillo que hay en las cocinas de las aldeas para colocar los cántaros y los botijos.

Una mesa para comer y algunas sillas, acababan de componer el ajuar de la cocina.

En el piso alto habia dos salitas; la que hacia frente á la estrecha y terrosa escalera, estaba ocupada por el tio Pedro: su mueblaje consistia en seis sillas de pino pintadas de color de chocolate, una mesita de la misma clase, y algunos cuadros que representaban á la Vírgen, á Jesus y á San Pedro, en estampas groseramente iluminadas. Sobre la mesa habia una urna con un Crucifijo y á los lados dos candeleritos de plomo, limpios como la plata.

En la alcoba, que era espaciosa y estaba cerrada con cortinas de indiana oscura y anticuada, lucía una excelente cama sus tres colchones, gruesos y bien rellenos, de tela de estopa de cuadros azules y blancos: los piés de los banquillos de pino, pintados de verde, estaban ocultos con un ancho ruedacama de indiana, como las cortinas, y guarnecido con un fleco blanco de algodon.

Sobre los colchones enrollados, se veian dobladas con aseo dos limpias sábanas de lino, dos excelentes mantas de pelo largo, y dos almohadas pequeñas con guarniciones festoneadas con algodon grueso, y con puntadas desiguales.

A la cabecera de la cama habia una imágen de la Vírgen, y á los piés, la famosa arca de nogal negro, donde Florencia y Trinidad veian

cada sábado guardar á su abuelo un envoltorio más ó ménos voluminoso.

La llave del arcon estaba siempre en el bolsillo del tio Pedro, quien para todo lo demás, era bastante confiado.

Esta salita tenia una ventana pequeña que daba á la calle, cerrada por una vidriera compuesta de pedazos de cristal unidos con plomos, pero limpios y cubiertos por una cortina de percal blanco.

Inmediata á aquella salita, habia otra mayor, habitada por Baltasara y sus dos hijas.

La viuda ocupaba majestuosamente su cama matrimonial, colocada en un ángulo del cuarto, alta por lo rollizo de sus dos colchones, y lo relleno de su enorme *pajero* (1) y cubierta siempre por una colcha de indiana azul, excepto los dias festivos, que se la engalanaba con una de fondo blanco y ramos de rosas, con follaje verde trigo.

—Los lechos de las dos jóvenes ocupaban la alcoba: ambos elevados y cuidadosamente mullidos, revelaban la excelencia de las piezas que entraban en su confeccion.

Extrañando Florencia y Trinidad, cuando empezaron á tener uso de razon, que su madre durmiera en la sala por haberles cedido á ellas la alcoba, le preguntaron un dia:

(1) Jergon.

—Madre, ¿por qué no duerme Vd. en la alcoba?

—¡Oiga! ¿y á Vd. que le importa, señora picotera? repuso dirigiéndose á Florencia, que era la que se habia atrevido á hacer la pregunta.

—A mí, nada, madre; solo que como va á venir el frio... nosotras creiamos que estaria Vd. mejor adentro.

—Pues sepan Vds. que estoy mejor afuera: ¿estamos? y cuidadito con las preguntas, que ya se sabe que no me gustan: ea, á trabajar.

—Mujer, tienen razon, dijo el tio Pedro luego que las niñas hubieron salido con la cabeza baja: mejor estarias tú en la alcoba.

—¿Pero no vé Vd., padre, que pasarian frio las hijas de mi alma? exclamó Baltasara: vaya, mientras tengan á su madre han de estar cuidadas como reinas.

—¡Tú, con todo tu geniazo, eres lo más madrona! ¡A bien que las chicas ya te conocen, y te temen tanto, á pesar de tus gritos, como las gallinas al trigo!

El tio Pedro decia la verdad: las muchachas hacian lo que querian de su madre, que las amaba más que á las niñas de sus ojos, á pesar de sus regaños y de alguno que otro torniscon, con que acostumbraba á sellar sus correcciones.

Además del gran lecho de Baltasara, habia en su cuarto cuatro sillas grandes de pino verde, un excelente armario blanco como la cera, una mesa con un espejito, y debajo de este una caja de madera con peines y horquillas.

Frente del armario, un arcon grande de madera blanca, encerraba la ropa de Baltasara y de su difunto, y otro igual la de las jóvenes.

En la alcoba habia, además de los lechos de las muchachas, un hermoso Crucifijo, otro gran armario oscuro que contenia la ropa blanca de cama y mesa, y una pililla de agua bendita, fija en la pared, y coronada por una imágen de Nuestra Señora de los Dolores.

La ventana que daba luz á este aposento, era del todo igual á la que alumbraba el del tio Pedro; pero atestiguaban estar ocupado por mujeres, dos hermosas macetas de sándalo y yerba-buena, plantadas por Baltasara los dias en que nacieron sus hijas.

Aquella señal graciosa y poética, estaba colocada allí por carecer la casa de huerto: y aunque las raices principales de las dos plantas se habian secado, las existentes, pertenecientes ya á una décima generacion de raices, estaban lozanas y habian brotado multitud de ramas copudas y lustrosas.

Sobre estas dos habitaciones se extendia un hermoso granero que servia de despensa.

El tio Pedro no dejaba jamás el traje que habian usado su padre y su abuelo: reducíase á un calzon de paño negro, vasto para los dias

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

de trabajo y más fino para los festivos; chaqueta y chaleco de igual clase, medias de lana negras, zapato de cordoban con un lacito, y un gorro de seda negro, que cubria su gran calva, y dejaba escapar algunos mechones de cabellos blancos, que, con la camisa, era lo único que animaba su severo traje.

Para el taller se ponia sobre su vestido negro un gran mandil de lino blanco, que le cubria el pecho, cayendo despues, como una gran falda, hasta sus delgadas canillas.

La casa del tio Pedro parecia un nido rodeado de verdura; estaba muy blanca, porque cada año se la engalanaba con un vestido de cal nueva: junto á la puerta habia plantada una gran parra, que la festonaba como una corona de verdor, y subiendo hasta las ventanas, la hermoseaba durante el estío con sus flexibles pámpanos y con sus dorados racimos.

Todos los viajeros que pasaban por aquella pobre aldea quedaban extasiados ante *la casa de la parra:* con este nombre designaban la humilde y alegre vivienda del anciano tejedor y de su familia.

A la izquierda de esta limpia casita, se elevaba otra, muy parecida á ella, que constaba tambien de un solo piso, alumbrado por dos ventanas; pero á su espalda, y aprovechando un pedazo de zanja ó ribazo, que separaba de las tapias el tablar de Trinidad, habian formado un gracioso jardincillo, cerrado con cañas secas, y que contenia algunas flores.

Esta casita, separada solo de la del tejedor por uno de aquellos huecos ó portillos de que ya hablé, y que permitian ver la lejana vegetacion de la campiña, estaba ocupada por una señora á quien solo se la conocia en el pueblo por el nombre de doña Agueda, ó de la *señora*, dictado respetuoso que ella merecia con justicia, por sus nobles y excelentes cualidades.